

no es sino reflejo pálido, una humilde sombra de la dura, íntima, dolorosa realidad de cada día. Quizá para él lo sea. En último caso esta visión extrema sería la personalidad del autor, lo cual no resta valor a su obra. Al contrario. Una obra de arte no es más que el reflejo de la individual personalidad del artista. Y nadie duda que Cela lo es en alto grado.

Pero no podemos convencernos de que la visión de la vida en la forma presentada en esta novela sea un reflejo pálido de la realidad de cada día. Hay algo más en dicha realidad que Cela no ve porque no quiere o no puede verlo. La tristeza depresiva que empapa *La colmena* sería en todo caso verdadera sólo en parte, con la verdad de las visiones parciales. Reflejo obsesionante del temperamento del autor que sólo acusa ecos en sonidos del mismo tono que los propios. No hay que olvidar que a los veinticinco años Cela ya escribía versos titulados *Poemas de una adolescencia cruel* y que el resto de su obra tiene el mismo matiz; oscila alrededor de la misma nota angustiosa, con ribetes morbosos en algunas ocasiones.

En el mundo de *La colmena* no hay ni asomos de ternura o alegría. Resulta un poco fatigoso penetrar en el pesado, acre, despiadado ambiente del café de doña Rosa, centro de la acción. De cuando en cuando el autor nos saca de allí y sentimos cierto alivio pensando que vamos a respirar por fin un poco de aire puro. Vana ilusión. Del café todo el mundo va a lugares peores, sean sus viviendas o lugares de trabajo. Todos los seres que desfilan ante nosotros, en alucinante procesión, son enfermos, enfermizos o hambrientos. Los dos niños que están jugando entre las mesas del café son serios, tristes; no saben jugar. Y en la calle nada cambia. Un tranvía no pasa tintineando sino que avanza con pesadez, destartalado, produciendo un ruido trágico, lúgubre...

Especialmente refiriéndose al pueblo español (aunque el autor concrete la acción en Madrid) esta actitud exenta de perspectiva y contraste resulta falsa. Sobre todo porque el español quizá sea uno de los pocos grupos humanos que más fácilmente olvida la tragedia y que ríe y goza en medio del dolor. Si eliminamos la sonrisa del rostro del español, como ocurre en *La colmena*, nos resulta

desconocido. Y aunque es verdad que en el alma hispana hay un sedimento evidente de humana tragedia, también es cierto que la afronta cara a cara con una indiferencia fatalista. Esta es su salvación. Así se explica también su fuerza y vitalidad a prueba de reveses, capaz de dar sorpresas incluso a quien crea conocerla bien. En *La colmena* no aparece un resquicio de esperanza, de fe. Se echa de menos en dicha obra la sonrisa, escéptica o abierta, de un pueblo fuerte curtido por la desgracia.

*La colmena* tiene un fuerte sabor picaresco. Presenta un mundo todo habitado por pícaros, mejor o peor vestidos. La sombra de Lázaro se agranda hasta cubrir las páginas de la novela. Sombra que difumina contornos y funde colores con su gris disolvente de fantasma ciego. Pero Lázaro es más humano que sus tocayos de *La colmena*. Por lo menos asoma el optimismo en su ánimo y olvida sus pesares cuando la vida suaviza su fatigosa pendiente. En este aspecto negativo Cela está muy cerca de Baroja. No es extraño, pues, que ambos hayan escrito novelas picarescas en el siglo xx. Baroja con *La busca* y Cela con *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* siguen una tradición de hondas raíces hispanas. Y no es extraño tampoco de Cela a Baroja el prólogo para la primera edición de *La familia de Pascual Duarte*, su obra más violenta y brutal. También quizá la mejor que ha salido de su pluma colocando su nombre en la primera fila de escritores europeos. A Baroja le gustó mucho la novela como era de esperar. Pero le contestó: "No; mire, si usted quiere que lo lleven a la cárcel vaya solo, que para eso es joven. Yo no le prologo el libro." Nadie se atreverá a sospechar miedo o timidez en don Pío. Pero esta magnífica novela de Cela rebasa todo límite de violencia elemental en un género al que la gente gráficamente gusta llamar "tremendismo". La primera edición española fué retirada de la circulación. La brutalidad del protagonista, monstruo y buena persona al mismo tiempo sin dejar nunca de ser humano, seguramente pareció excesiva a la timorata censura. No hay que asustarse. Simplemente este "tremendismo" es la picaresca elevada al cubo, llevada a sus últimas consecuencias, con un poco (muy poco en este caso) de re-

torcimiento sensacionalista. De buena ley, sin embargo.

La misma visión y despiadada de la humanidad se encuentra frecuentemente en Baroja, aunque nunca en forma tan directa y elemental. Queda plasmada sobre todo en una de las novelas barojianas, *El mundo es así*, en forma de un escudo que remata el arco de una puerta de una vieja casa del pueblo de Navaridas. Hay en el escudo tres puñales esgrimidos por manos cerradas que se clavan en tres corazones. Alrededor, esta leyenda: "El mundo es así", la cual sirve también de título a la novela. Es decir, el mundo es todo crueldad, brutalidad, dolor, pena. Y el personaje de la novela, una rusa, al contemplar el extraño escudo comenta: "¿Quién sería el hombre a quien se le ocurrió poner un blasón tan triste en su casa? ¿Qué le habría pasado? ¿Qué penas, qué dolores tendría?"

El mismo comentario surgirá en la mente de muchos lectores al deslizarse por las amargas páginas de *La colmena*. Cela parece colocar el mismo escudo sobre Madrid.

Considerando otros aspectos de la novela su estructura es original. Está escrita en forma de escenas cortas, aproximadamente de una página. Son estampas vigorosas presentadas con cuidadoso desorden. No está mal el método pero Cela abusa de él. Corta la acción con una frecuencia exasperante. Hay saltos verdaderamente innecesarios, forzados. El autor, ya lanzado, corta por cortar. La dispersión es a veces tan extrema que los saltos resultan piruetas sin sentido. Parece ser que Cela intenta presentar las estampas de modo que tengan valor en sí, dislocadas, desconectadas del conjunto. Lo consigue en cierto modo pero en ocasiones llega a restar interés a la narración.

Los numerosos personajes que llenan sus páginas no dicen nada extraordinario, ni siquiera importante. En ello precisamente radica gran parte del valor de sus diálogos. Su vulgaridad, profundamente humana, queda plasmada en ocasiones en frases tan oídas que escaparían a un espíritu menos fino y agudo que el de Cela. Son pequeños y evocativos detalles de lo vulgar en los que descubrimos nuevas resonancias al oírlos en boca de los grises personajes de *La colmena*.

ALBERTO BONIFAZ Nuño, *La cruz del sureste*. Letras Mexicanas, 14. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 272 pp.

*La cruz del sureste*, es una primera novela; pero el autor ha llegado a su aventura literaria con las aptitudes y la suficiente madurez que requiere la creación de un mundo novelístico, así es que nos enfrentamos a una obra cabal, y digna de tomarse en cuenta por muchas razones.

Esta novela por su tema y realización está situada entre dos corrientes de nuestra literatura: la que se preocupa de la realidad mexicana, y la que se despreocupa de este tema para atender las formas universales. Bonifaz Nuño hermana las dos tendencias,

ya que adopta una temática nacional y la realiza con un método apropiado, y de validez ecuménica. Y no sólo en esto demuestra un buen criterio, sino también en los múltiples problemas que en su obra enfrenta, y resuelve de manera satisfactoria.

Su novela se desarrolla dentro de una región más o menos amplia e indeterminada del sureste de México, este escenario lejano de las grandes ciudades dista mucho de ser un simple decorado rural de cartón para una fantasía provinciana, sino que es una descripción de lugares tan verosímil, que no se duda de la posible existencia de "El Triunfo", las "monterías", "Algo es Algo", y "Filón", en algunos puntos del mapa de la República. Aunque el

tiempo de la acción no se determina con fecha, es fácil deducir por la presencia de ciertas máquinas modernas, que éste transcurre muy próximo a nuestros días.

La estructura de *La cruz del sureste* está determinada por numerosos y complejos elementos, que prestan al conjunto una apariencia grandiosa e imponente. En algunos puntos es fácil dictaminar la naturaleza de sus elementos, en cambio en otros pasajes es tan compleja e inexplicable como la existencia misma. La narración sigue diversos niveles, los hilos de las historias desaparecen para luego reaparecer, se adelantan o se atrasan en el tiempo para ayudar a mantener la condición fundamental de toda novela; que conserve en suspenso la

curiosidad del lector. Además las tramas están siempre dispuestas a respaldar los sucesos, así cuando al primer impacto desconcierta la brutal lucha entre un padre paralítico y su hijo ciego, después se explica ésta por medio de los antecedentes de sus relaciones, del rencor que se acumuló en la mente del hijo. En esta obra nada es producto del destino, sino que todo se desenvuelve de acuerdo con la naturaleza, aquí todo consecuente está respaldado por un antecedente.

Entre todos los personajes existe una relación. Por más lejanas parezcan unas de otras, sus existencias contribuyen a dar realidad a su mundo, hasta los anónimos indios que trabajan en "las monterías", tienen un papel

importante junto a los personajes principales. Así, Lioba le escribe a su padre sobre la impureza de su sangre mestiza: "Dónde radica nuestra superioridad? ; Pobres de nosotros, chupadores de indios! No poseemos dentro ni fuera de nosotros nada que no sea de ellos". Pero en realidad en esta novela no hay personajes secundarios, sino que todos dentro del plan de trabajo tienen que desempeñar una función esencial; aquí no hay fuerzas desperdiciadas. Los seres de la novela mediante el influjo de la creación devienen personas, adquieren una realidad artística, y ayuda a darles verosimilitud el continuo estudio de los móviles de su conducta.

Las causas de los conflictos dramáticos son de índole variada. Las diferencias económicas y raciales sólo son incidentes; pero el motivo verdadero son las pasiones que incrementa el complejo de inferioridad que padecen los mexicanos, ya sean mestizos o indios, aunque en cada grupo racial adquiera diferentes caracteres. El mestizo, por lo general, resentido, desprecia los valores, que en el fondo desea adquirir, y con la ironía y el cinismo pretende ocultar sus desmedidas ambiciones. El pobre y el rico con una conducta incongruente pretenden justificarse ante sus propios ojos y ante los demás, así el a un principio feliz poseedor de un título profesional, termina por abandonarlo en el fondo de un cajón, pensando que contra la indiferencia de sus compatriotas nada se puede hacer, sino perder el tiempo, y luego procura, como Darío Beltrán, el dinero, y con éste el respeto de los demás, por vías poco legales que justificará en su conciencia por la dureza del medio en que lucha. Pero el adinerado, como Próspero Cardoso, siente el peso del reproche de los débiles a quienes explota, y trata de matar sus remordimientos con excusas pueriles: "Me acusan de ser demasiado rico, y como me conocieron pobre, no me lo perdonan, aunque ellos sean los que mayor provecho sajan de mi riqueza". En cuanto al indio reducido a la categoría de menor de edad, adopta como medios para sobreestructurarse la traición y la mentira, es como el niño que quiere hacerse notar por sus mayores; pero el mestizo mira al indio desde una altura olímpica: "El caso no pasaba de ser un cuento bobo, que se prolongaría mientras la 'gente de razón' tuviera paciencia para oír aquel ciudadano mexicano que mal mordisqueaba cuatro palabras de español".

El autor no simpatiza en especial con ninguna raza, ni personaje. Su imparcialidad garantiza la justicia poética que ejerce en el momento oportuno, una vez que los personajes merecen un castigo por sus pecados. El mundo pertenece a los malos; mientras que viven son el instrumento de la justicia divina, pero llega la hora en que a su vez ellos también son castigados. Sus pasiones son el arma de doble filo con que atormentan a los demás y se atormentan. El autor es imparcial hasta en la lucha de padres e hijos, allí no hay víctima ni victimario, los dos deben de pagar por sus pecados. Ni Límbano, el héroe indígena, se salva, tiene que pagar por sus errores. Pero en este concepto del mal no hay nada religioso, sino que siguen las leyes de la naturaleza: la aventura de la vida se paga con la muerte. Esta obra es realista, deprimente, no tiene ningún elemento trágico —dolor y religión— que eleve el espíritu.

El lector de *La cruz del sureste*, sólo se encuentra ante productos de la experiencia; aquí no hay cabida para ilusiones políticas o religiosas. El autor expone los hechos y no se arriesga a dar soluciones, desde luego excluye la fantasía y los hechos sobrenaturales, todo acto de la conducta cae dentro del terreno de la psicología, y los fenómenos dentro de las leyes de la naturaleza. Cuando Límbano presencia un milagro hipotético, el autor expone las razones que motivaron la ilusión, cuando los personajes tienen momentos de lucidez profética que les revela su futuro, sólo ven el aspecto poco común de la realidad que estudia la parapsicología, y sus mismos sueños tendrían cabida, por lo claros y lógicos, en un manual de psiquiatría, a la vez que contribuyen con toda efectividad a dar redondez a ciertos aspectos de la vida diaria, así como el "monólogo interior" que no tiene ninguna correspondencia exacta con la realidad; pero que imita tan bien la actividad tumultuosa del subconiente.

Los personajes por sus pasiones dan la impresión de pertenecer a un mundo muy primitivo; pero descontando que las pasiones por su naturaleza se identifican con los movimientos primarios del espíritu y son el motor de las situaciones dramáticas, aquí encontramos sentimientos y deseos altamente civilizados y característicos de los habitantes de las grandes ciudades. La mayoría de los personajes poseen una conciencia más fuerte que su voluntad, hasta

Límbano trata de justificar sus actos con disculpas de orden religioso, su conducta es tan ridícula como la de cualquier mestizo que padezca un complejo de inferioridad. Límbano reniega de su origen indio, y lo enorgullece la mera idea de ser hijo bastardo de un mestizo. Al lado de sentimientos primitivos como la venganza y el rencor, se encuentran los característicos de la civilización: el afán de lucro y el deseo de estimación social, así Próspero Cardoso encarna los dos tipos de sentimientos. Adolfo López se consume toda su vida en el deseo de venganza, pero termina humillándose por el dinero, y a mestizos e indios los consume un complejo, de inferioridad racional, en Lioba toma la forma de obsesión erótica, en Darío el resentimiento de su origen bastardo, este sentimiento como el orgullo de casta de la honorable familia Beltrán pertenecen a grupos humanos poco evolucionados; pero estos sentimientos no se dan con toda pureza en los personajes, ya que se mezclan con otros típicos de hombres más evolucionados, y de este complejo sentimental surgen nuevos conflictos dramáticos.

En cuanto a las formas verbales de *La cruz del sureste* hay que decir que están de acuerdo con lo expresado. Los diálogos por su economía se prestan a un efectivo intercambio anímico. Las descripciones de lugares y personas mediante el toque del novelista adquieren un relieve emotivo que contribuye a crear el ambiente especial, muy mexicano, en el que se desarrolla la acción. El lenguaje según las circunstancias se transforma, sin perder su característica sencillez, para adaptarse ya a la serena observación psicológica, o bien a las cálidas notas de un momento dramático.

C. V.

A. HOUGHTON BRODRICK. *El hombre prehistórico*. Brevarios del Fondo de Cultura Económica, N° 107. México, 1955. 422 pp.

El autor de *La pintura prehistórica* y *La pintura china* (Brevarios de la misma colección), publica ahora la primera edición en castellano de su obra *El hombre prehistórico*, revisada y puesta al día.

Brodrick quiere hacer en este libro un resumen de los conocimientos actuales acerca de los orígenes físicos del hombre y un examen de los mismos. Así, anota el investigador, aunque ninguna persona razonable afirmaría hoy que el hombre "desciende del mono", se reconoce por lo

general que el antropeide y el hombre poseyeron un antepasado común; pero la lectura de estas doctas páginas tratará de mostrar hasta qué sitio lejano de la historia humana habrá que ir para reconocer a ese Adán nuestro, y hasta qué grado es posible la seguridad de su existencia.

Por su carácter de resumen, advierte el autor, el plan del libro es un poco distinto del de aquellos que estudian la prehistoria y la paleontología humana. Las primeras señales de los hombres antiguos fueron localizadas en Europa occidental, hasta hace poco tiempo fuente indispensable para la información de los investigadores de la aurora humana. Es explicable por eso que casi toda la atención de las obras dedicadas al estudio de ese tronco genealógico, común a la nobleza y a los gorilas, se haya dirigido hacia los testimonios y descubrimientos europeos. Mas, por esa misma razón es necesario buscar en otras partes del mundo el rastro del abuelo remoto.

Brodrick ocupa entonces un capítulo con el material y los datos de Indonesia y Australia, otro con los del Asia Oriental, uno más con los de América, y los tres siguientes con los de Asia Anterior, Africa y Europa. Al final figuran un glosario, donde se explican los principales términos técnicos utilizados a lo largo de la obra, una bibliografía complementaria y una lista de publicaciones periódicas sobre la materia.

En seguida se anotan algunas líneas del prefacio escrito por Brodrick a la edición española, porque contienen información importante para los lectores: "Aunque han transcurrido menos de nueve años desde la primera edición de *Early Man* (título en inglés del libro que comentamos), se han hecho tantos descubrimientos y han salido a luz tantas evidencias, que si bien el texto se presenta en el mismo orden general que tenía antes, ha habido que hacer tantos cambios y adiciones que a los lectores de habla española se les ofrece casi una edición completamente nueva, con los últimos datos de nuestros conocimientos acerca del hombre primitivo."

*El hombre prehistórico*, ayudará a completar la información de que disponemos sobre nuestro origen y dará impulso entre nosotros al sano aprendizaje de la antropología ya que, como dice el propio Brodrick, "no se conocen otras disciplinas más a propósito para combatir el nacionalismo, el provincialismo y demás prejuicios".

E. L.